

EL DEFENSOR DEL OBRERO

Nuestro deber y la educación del obrero

Se impone que los católicos se dediquen a la conquista del pueblo.

Hemos de hablar a los obreros en católico y combatir a sus falsos redentores. Sin fe no puede vivir un pueblo. Si no cristianizamos a esas masas inconscientes que se dejan conducir como mansas ovejas, la sociedad sufrirá las consecuencias de su irreligiosidad y de su incultura. Es necesario procurar que en el corazón del pueblo se albergue la fe. Sin la base de la religión, es imposible construir el edificio social. Hablando y obrando en católico, podremos lograr que la paz reine en la sociedad y que sea pujante y floreciente nuestra patria.

No queremos significar, con lo que dejamos dicho, que el obrero no pueda luchar noblemente para lograr el triunfo de sus justas reivindicaciones. Nada de eso. Le concedemos, naturalmente, el derecho de luchar, pero siempre dentro de la legalidad y la justicia.

No debe actuar impulsado por el odio, sino impulsado por el amor y por un deseo sano de mejoramiento y bienestar.

El obrero es digno de obtener todo aquello que tienda a su perfeccionamiento moral y material, pero no debe nunca valerse de medios ilícitos para obtener lo que desea. El patrono debe considerar que el obrero no es una máquina, sino un hermano, un auxiliar poderoso de su industria, y el obrero debe considerar que el patrono no es un tirano, sino un amigo y un bienhechor que le da medios para que se dignifique con el trabajo y pueda sustentarse honradamente con el sudor de su frente. Demos a los obreros lo que sea de justicia y procuremos elevar su nivel intelectual y moral. Cuanto más cultos sean los obreros, más amortiguados quedarán sus instintos revolucionarios. Revolución significa impotencia. Los que no se sienten fuertes, son los que quieren triunfar por la violencia.

Debemos ir al pueblo con la cruz en una mano y en la otra un libro. Nuestros obreros necesitan cultura y educación sólidamente cristiana. La sublime doctrina de Cristo es la única que puede lograr que la paz y el amor reinen en la tierra.

J. CIVERA Y SORMANI

El socialismo es la pérdida de toda conciencia moral y de todo derecho; es la desconfianza en todo sentimiento de sociabilidad; es la consagración de los instintos más bajos del hombre; es un retroceso en el camino de la civilización, es una regresión al ya salvado período de la barbarie.

Cimball.

PARIS

Los ferroviarios católicos

Ya conocen nuestros lectores la gran Asociación de Ferroviarios católicos franceses, que cuenta más de 60.000 socios.

Pero ahora no se trata de ellos, sino de ellas. El canónigo Sr. Reyman, sacerdote apóstol de los ferroviarios franceses, ha conseguido empezar la Unión de ferroviarias católicas, pues el número de mujeres empleadas ya en los ferrocarriles franceses pasa de 35.000, en París sólo hay 25.000.

Un número tan crecido de jóvenes obreras, lanzadas por los azares de la guerra a una labor tan ajena a su sexo, no podían ser abandonadas por la cristiana caridad. El Sr. Reyman ha echado las bases de la nueva Sociedad, que, en realidad, viene a ser el grupo femenino de la Unión católica del personal de los ferrocarriles; para empezar, la Unión de las ferroviarias católicas cuenta ya con 1.800 socias.

Una celosa colaboradora del canónigo Reyman, Mme. Raymond Charles, acaba de fundar un Circulo de estudios en la sede central de la Unión (rue Emilio Castelar, 6). En vista del éxito de este primer Circulo, los fundadores han decidido fundar

otros análogos en cada una de las grandes estaciones de París. Actualmente se están recogiendo los subsidios necesarios para dotar el primer Circulo de una buena biblioteca.

Al lado del movimiento de las ferroviarias conviene señalar el del personal femenino de Correos y Telégrafos, que es más reciente, pero no menos significativo e importante. También este grupo ha formado su Unión católica; y aunque cuenta por ahora con pocas empleadas, después del discurso del P. Gillet, al cual asistió el Cardenal Amette, promete también ir en aumento consolador. El primer fruto de dicha conferencia ha sido otro Circulo de estudios para estas empleadas de Correos y Telégrafos.

¿Qué debe hacer una persona que desee conocer el partido Integrista? Leer desde el principio al final el Manifiesto de Burgos que le dió origen. Pídanlo en esta redacción.

En boca cerrada...

(Casi histórico)

Empezaba a declinar la tarde, y las calles de Sevilla estaban cada vez más animadas; formábanse corrillos en los cuales la gente locuaz y bulliciosa emitía juicios, comentaba noticias, derrochaba la sal característica de la tierra y aprovechaba la ocasión de tomar el pelo a todo el que se ponía al alcance de sus burlas.

Formando esquina con dos calles está la barbería X, de las quinientas, próximamente, que habrá en la capital andaluza. El barbero, republicano ribetado de anarquista, con un periódico en la mano, comentaba ante un trido grupo, las degollinas, saqueos, incendios e iniquidades sin cuento que acababan de cometerse en Barcelona, frotándose las manos de gusto y lanzando interjecciones formidables cada vez que leía algo gordo.

—¡Bien hecho! ¡De primera! ¡Así hace la gente que tie sentiel

¡Cuarenta madrigueras quemásl
¡Cuarenta nidos que vivían a
costa del país!

En esto entraron dos señores, vestido de negro el uno y de tipo simiático, pero extraño; y más joven el otro, con el propósito de mojar la barba para los efectos consiguientes.

—Pero, ¡qué bien ha estado eso de Barcelona—exclamó el barbero, sin dejar de jabonarse.—Aquí en Sevilla debían hacer lo mismo, ¡pero lo mismito! y yo sería el primero que me gastaría los cuartos para comprar petróleo y una pistola pa empezar la faena...

El señor aquel sintió frío al pasar la cuchilla, pero calló: ¿quién contradecía a aquel energúmeno?

—Porqué es verdá que el anarquismo científico, como dice un libro que yo tengo, no consiste en eso; pero, ¿quién le quita a uno que aproveche la ocasión y empiese a cardá la lana?

—Usted dispense—respondió el más joven—entre el anarquista científico y el práctico no creo que haya mucha diferencia; y si se llega desde el segundo al primero cardando la lana, es señal de que son del mismo paño.

—Yo no me meto en esos laberintos: lo que yo digo es que todos esos frailes, curas, monjes y canónigos nos están chupando la sangre y eso se tiene que acabar.

Acabóse entonces de afeitarse el caballero, y mirando el joven que aguardaba, le dijo en francés:

—Cet home est fou! A huit heures je serai chez moi. Venez-vous?

Ui, monsieur.

El barbero abrió dos palmos de boca, y con toda figura lo despidió hasta la puerta.

—Ese muchú es francés?—preguntó, al entrar, al compañero.

—Ese señor cree que es de la policía secreta, y ya se puede usted estar preparando para lo que le espera. Por lo pronto será usted apuntado en la lista del anarquismo, y después... podrá ser que le manden dos parajes de polizontes.

—¿A mí? Jentú mio... ¡Ay, ay!